

## CAPÍTULO XII

## A la sombra del tilo.

Carolina escuchó este diálogo, pálida, inmóvil y como privada de sentido y de voz: de cuando en cuando una convulsión recorría todo su cuerpo, y esto era únicamente lo que daba á conocer que sentía y escuchaba.

Luego, y cuando aquellos ecos de maldición se fueron alejando de ella, quiso levantarse y huir; pero una mano suave la detuvo, y otro acento dulce y consolador resonó en su oído.

Era la dama rubia, que le empezó á hablar de esta manera:

—Niña desgraciada, oye una historia que te hará conocer que hay desventuras mayores que la tuya: es la historia de mi vida: óyela, que mis palabras caerán como un rocío bienhechor sobre tu corazón herido.

Carolina volvió á sentarse y cruzó sus blancas manos con ademán de doloroso abatimiento; la dama rubia apoyó en su seno la pálida cabeza de la joven, y empezó así:



—Yo fui casada; pero antes de unirme para siempre al hombre que fué mi esposo, amaba á otro; á otro joven hermoso, brillante, que decía de continuo á mi oído dulces palabras de amor: yo le amaba como se ama una sola vez en la vida: con un cariño ardiente, exclusivo, lleno de ilusiones; vivía por él, y por él me parecía hermosa la existencia.

Aquel hombre halló otra mujer más rica que yo, y se casó con ella; yo, cediendo á los ruegos de mi padre, pobre anciano casi arruinado por las injusticias de la fortuna, tomé un esposo: se parecía al tuyo: era grave, austero, honrado, laborioso, pero no brillante, lisonjero y superficial: fuí madre por tres veces; pero ni mi esposo ni mis hijos pudieron separar de mi alma el recuerdo de mi primer amor: durmiendo, veía aquella imagen ante mis ojos: despierta, la veía con los ojos del alma: mi marido palidecía ante aquellos recuerdos luminosos y homicidas; su amor, su honradez, todo me era enojoso, cuando le comparaba con aquel hombre poético y apasionado, que había hecho vibrar en mis oídos las primeras notas de esa música misteriosa que se llama amor.

Otros muchos hombres me ofrecieron su corazón; pero yo á ninguno quería escuchar, porque vivía de mis recuerdos.

Supe un día dónde estaba aquel hombre á quien yo amaba tanto, á pesar de su ingratitud, y un deseo insensato de volar á su lado se apode-

ró de mí: durante mucho tiempo, la inocente presencia de mis hijos hizo huir aquellos pensamientos culpables; pero murieron aquéllos, y yo quedé desamparada y entregada á mí misma.

Una voz pérfida gritaba en mi corazón:—Ya eres libre: la mujer debe martirizar su corazón cuando tiene hijos que pueden pedirle cuenta de su honor: si no, es libre.

Era una noche helada de invierno: yo estaba en París: el Carnaval venía á estrellar sus gritos en las pobres ventanas de mi casa; y aquella alegría, aquel goce universal hacían más horrible la lucha de mi deber y de mi corazón: tres años llevaba de padecer, y me parecía que aquellas eran las horas más amargas de mi vida.

Mi marido había salido de casa: su silencio, su tristeza, eran otras tantas mudas recriminaciones que no podía soportar: salí yo también, compré un tósigo y volví al instante: todavía no había vuelto él... eché el arsénico en un vaso de agua y me senté á escribir algunas líneas al hombre que había unido su suerte á la mía, y que me amaba más que nadie en el mundo.

Debo decirte, hija mía, que en tanto escribí, mi mano no tembló ni por un instante, ni en mi corazón sentí el más leve remordimiento: era que nadie me había hablado jamás ni de Dios ni del cielo; era que me había criado sin madre, y que mi padre, perteneciente á una secta alemana, más filosófica que verdaderamente religiosa, no había



pensado jamás en hacerme comprender las verdades eternas, que él tampoco comprendía ni admiraba.

Luego me he convencido, hija mía, de que la religión es la luz divina y consoladora que ilumina siempre las tinieblas del dolor y nos muestra un más allá detrás de las penas de la vida; después he creído y he esperado en Dios; pero yo no he tenido como tú, hija mía, una madre tierna y cristiana que me mostrase el cielo, y hace diez y siete años que perdí á un esposo honrado á quien veía orar, á quien veía pedir á Dios por mi dicha y por la suya propia; sólo la desgracia ha puesto ante mis ojos las santas verdades y la buena senda; pero ¡cuánto, cuánto he sufrido hasta encontrarla! ¡cuán duro, cuán amargo, es ir con los ojos del alma vendados por las ásperas sendas de la vida! ¡Ah Carolina! tú debes rendir mil gracias á ese Dios todo misericordia y bondad, que te ha dado por guía y por apoyo un buen esposo, único mentor de la mujer cristiana!

Detúvose aquí la bella incógnita: sus ojos, humedecidos de lágrimas, pintaban un hondo dolor: uno de esos dolores silenciosos arrancados del alma, y que se exhalan, fundidos en llanto, cuando la mano invisible de los recuerdos los agita y remueve en el sitio en que se han ocultado durante mucho tiempo.

Carolina la escuchaba, y la calma iba volviendo á su corazón, reanimado con el calor y la

verdad de la palabra que lenta y dulce se escapaba de los labios de aquella mujer.

Esta continuó de esta manera:

—En la carta que escribí á mi marido, le decía que estaba cerca de la deshonor; que á pesar de todos mis esfuerzos, de todos los argumentos de mi razón, no había podido amarle; y que para no faltarle y faltarme á mi misma, había resuelto poner fin á mi triste vida.

Sólo la absoluta carencia de fe religiosa podía hacer comprender aquella carta cruel: después de escrita, bebí el tósigo, y me acosté para morir.

Sin embargo, Dios conservó mi vida, acaso para que, viviendo, pudiera abrir mis ojos á la luz: ya era de día cuando recobré los sentidos, y me hallé en una casa mísera y triste: era la de una pobre joven vecina mía y bordadora de profesión: á mi lado había un médico que, así que abrí los ojos, me hizo beber el contenido de un vaso, diciéndome palabras dulces y llenas de esperaza: yo obedecí maquinalmente: mis sienes latían, mi cabeza estaba desvanecida, y había perdido el recuerdo de lo pasado.

Por espacio de muchos días permanecí en un estado completo de idiotismo: casi pasaron dos meses hasta el día en que volvió á despuntar en mi cerebro la luz de la razón: entonces supe que aquella caritativa muchacha, tan pobre que vivía del trabajo, había reclamado como un favor que le permitieran cuidarme, y que sólo con



el producto de su labor y algunos ahorrillos que tenía, había atendido á todos los gastos que yo había ocasionado.

—¿Quién ha podido inducirte á tan sublime obra de misericordia, mi querida Evelina? le pregunté yo un día estrechando sus manos y llorando sobre ellas.

—Dios, me respondió sencillamente: Dios, que nos manda consolar y ayudar á nuestros hermanos.

—¡Pero tú eres muy pobre!

—Es verdad, señora; pero V. lo era mucho más que yo: esto no importa, sin embargo, porque Dios no deja nunca perecer á los que le aman.

Aquellas sencillas frases me dejaron muy pensativa. ¡Dios! ¡palabra grande, dulce, consoladora, que encierra tanto bien! Mi corazón se abría para recibir el rocío bendito de la primera palabra religiosa que sonaba en mi oído, como se abre la árida tierra para recibir la lluvia bienhechora que le envía el cielo.

Poco, muy poco tardó mi pensamiento en volverse hacia mi marido, y pregunté por él á mi angelical huésped.

—¡Ay, señora! me respondió; ha salido de París.

—¿Y á dónde ha ido? ¡Dios mio! ¡yo quiero verle! ¡quiero pedirle perdón de mi ingratitud!

—¡Es imposible, señora; nadie sabe adónde

está! Dios querrá castigar á V. durante algún tiempo por el delito de haberse querido dar la muerte.

—¡El delito! ¿es acaso delito querer morir, siendo tan infeliz como yo la era?

—¿Pues quién lo duda, señora? Dios nos da la vida, y Dios solo tiene el derecho de volver á tomarla.

—¡Pero yo era tan desdichada!...

—Hay muchos infelices, señora; pero nadie tiene el derecho de matarse. Dios ha dicho: *los que lloran serán consolados*.

—¿Dónde?

—Allá en el cielo: si no fuera por la esperanza del cielo, ¿qué sería de los que sufrimos acá abajo?

—¿Tú has sufrido?

—Mucho, señora: tenía un novio á quien quería con toda mi alma, y se murió... yo estuve también para morir de pena; pero Dios no quiso, y espero verle allá arriba.

Las palabras de aquella muchacha me hicieron pensar en el dolor que yo había causado á mi marido; porque sola en el mundo como me hallaba entonces, aislada y sin familia, ansiaba una afección que me uniese á la vida, y me parecía que empezaba á amar con toda mi alma al que Dios me había dado por compañero.

No bien pude salir, corrí todo París en su busca: pregunté, indagué; todo fué en vano: lo



más que pude saber, era que había dejado la capital de Francia, pero nadie sabía dónde había ido.

Ansiando, por una parte, encontrarle, y por otra, huir de la vista de los hombres que, validos de nuestra pobreza y desgracia, nos habían perseguido, quise yo también salir de Francia: mi marido era español, y pensé que habría vuelto á su patria. Evelina, al saber mi resolución, quiso seguirme: pero ¿cómo vivir? yo era muy pobre y ella también: el generoso médico que me había asistido, me facilitó la cantidad necesaria para llegar á Madrid, y, ya allí, me anuncié como maestra de música: hallé con qué vivir y con qué pagar á mi compañera sus desvelos y cuidados; pero en vano busqué á mi esposo: todo lo que pude alcanzar fué que me dijese que la persona cuyas señas daba había salido para América.

Ya no titubeé un instante: lejos de mi marido, y pudiéndole comparar con los demás hombres que sin cesar me asediaban, comprendía cuánto debiera haber valido Luciano para mí; Luciano, artista de elevado talento, de alma noble y maneras distinguidas; Luciano, que tanto me amaba y á quien yo no había sabido amar en tanto que había sido honrada con el nombre de compañera suya.

¡Oh Carolina! ¡cuánto se sufre con el recuerdo del bien perdido por la propia culpa! ese es uno de los males que no tienen consuelo en la tierra.

Llegué á América, y la recorrí con incansable afán, pero también inútilmente: ninguna noticia pude hallar de mi esposo.

¿Qué más podré decir? He recorrido en vano la Inglaterra, la Alemania, y la España dos veces: en ninguna parte he podido encontrar á Luciano: he llegado á persuadirme de que ha muerto, y quebrantada mi salud, devorada por la pena, he venido á habitar esta aldea, que está muy cerca de Madrid. Hay días en que aun conservo una vaga esperanza de hallar á Luciano; á Luciano, á quien tanto ofendí y que tanto me quería! En uno de esos días fué cuando pensé fijarme aquí, porque, cerca de Madrid, quizá podré tener noticia suya, si es que existe!

La narración de aquella mujer fué interrumpida por el rumor de algunos pasos: el sol se filtraba por entre los árboles, y bien pronto dibujó dos largas sombras en las enarenadas calles del jardín.

A poco las sombras dieron lugar á dos figuras: dos hombres desembocaron á un tiempo en la calle de alisos.

Al rumor de sus pisadas, la dama que se había nombrado Aurelia levantó la cabeza; palideció, y luego se puso de pié de un salto, y gritó con voz ahogada por la emoción:

— ¡Luciano!

Los dos hombres volvieron la cabeza; estremeciéronse á su vez, y los dos exclamaron:



—¡Wilna!

Pero de los dos, uno solo corrió hácia aquella mujer: era el pintor, que viéndola próxima á desmayarse, la sostuvo entre sus brazos.

El otro se dejó caer de rodillas y murmuró con voz baja y confundida:

—¡Perdón!

—¡Soy tan dichoso hoy, que no puedo persistir en la idea de matar á V., Marqués! respondió Luciano; Wilna vive... y yo bendigo la mano de Dios que me la devuelve y conserva la mía limpia de toda culpa!

Chatereau se inclinó estrechando la mano de Luciano, y tomó silenciosamente una de las calles que conducían al palacio.

Carolina tomo también en silencio el camino del cercado y volvió á la casa conyugal.

Iba pálida, y se hallaba tan débil, que apenas podía dar un paso; pero iba curada de la fiebre que durante algunas horas había devorado su corazón.

Los dos esposos quedaron abrazados bajo la sombra protectora del gran tilo.

¿Qué se dirían?

No pretendamos descifrar esos enigmas del corazón, que sólo es dado penetrar á la mirada augusta de Dios: dos horas después, aun permanecían sentados bajo el árbol, con las manos enlazadas y los ojos brillantes de felicidad.

### CAPÍTULO XIII

#### El despertar.

Carolina llegó á su casa y entró en el cuarto de su marido.

Aun dormía Bernardo: la joven esperó pacientemente á que se despertara, contemplando su noble fisonomía.

Aquellos grandes ojos cerrados, aquella elevada y espaciosa frente, respiraban una paz profunda, si bien llevaban el sello de un terrible padecimiento moral.

Carolina le contemplaba con una especie de conmiseración profunda y de tierna gratitud: se sentía dichosa al pensar en que tenía el poder de hacer feliz á su marido, y el deber de conseguirlo.

Durante el tiempo que permaneció allí, Carolina repasó en su memoria todos los beneficios, todas las pruebas de amor que debía á Bernardo, y á las cuales había siempre correspondido con la ingratitud y la indiferencia.

Comparó su amor, tan noble, tan generoso,